

DEL VAL VALDIVIESO, M^a ISABEL (COORD.),
*EL AGUA EN EL IMAGINARIO MEDIEVAL. LOS REINOS
IBÉRICOS EN LA BAJA EDAD MEDIA*, UNIVERSITAT
D'ALACANT, ALACANT, 2016, 354 PÁGS.
ISBN: 978-84-9717-498-5

EDUARDO JIMÉNEZ RAYADO
Universidad Rey Juan Carlos

“El agua se convierte así en un elemento con doble faz: es una realidad y es un símbolo, en el que quedan recogidas las aspiraciones y los anhelos de la comunidad que podría llegar a ser próspera si poseyera tanpreciado bien. De esas esperanzas y aspiraciones entre las que se mueve el huertano, el campesino o el legislador, y de ese debate entre la realidad y el anhelo, da buena cuenta el discurso que en muchas ocasiones se trasmite en la documentación, en el que el hablante se desplaza del presente al futuro hipotético casi sin darse cuenta, cambiando los tiempos verbales hacia el condicional”.

Estas líneas precedentes son un fragmento de uno de los artículos presentes en la obra colectiva *El agua en el imaginario medieval. Los reinos ibéricos en la baja Edad Media*. He querido iniciar con estas palabras porque en buena medida resumen perfectamente la idea con la que se ha concebido este trabajo. Anhelos, esperanzas, significados, miedo y avaricia son sentimientos generados en torno al agua y que se convierten en los protagonistas de la obra.

Una vez más la Universidad de Valladolid con su grupo de investigación *Agua, espacio y sociedad en la Edad Media* nos ofrece una nueva aportación a la historia hidráulica, agrandando así el papel que la institución pública ya tenía dentro de esa disciplina: de nuevo el agua como eje central del análisis histórico. La obra ha sido posible gracias al proyecto de investigación *El agua en el imaginario de la Castilla Bajomedieval*, dirigido y coordinado por la Dra. M^a Isabel del Val Valdivieso.

Hoy en día, la relación que la sociedad establece con el agua es ciertamente paradójica. Por un lado, el agua constituye un elemento vital. No hay mucho que añadir: sin ella la vida no sería posible. Pero por otro lado ese mismo elemento vital pasa desapercibido en nuestro día a día a pesar de su omnipresencia. En nuestras actuales sociedades occidentales la cuestión hidráulica no suele despertar mucho interés, una vez que es accesible de manera prácticamente inmediata. Sólo en fases de escasez o de crisis de abastecimiento el agua se convierte en el centro de la noticia y casi en una cuestión

nacional. Eso sí, hasta que la crisis pasa o deja de ser noticia y de nuevo regresa al ostracismo. Una circunstancia que se ha llevado también al campo de los estudios históricos, donde la cuestión hidráulica ha sido siempre un tema secundario frente a otros focos de interés. Y ello a pesar de que en un pasado no muy lejano ese acceso tenía mucho mayores dificultades.

Pero ante este olvido, el grupo de investigación *Agua, espacio y sociedad en la Edad Media* regresa para recordarnos la relevancia de las relaciones que las sociedades pasadas establecieron con el agua y cómo ésta influyó de manera esencial en su propio desarrollo.

En esta ocasión no nos presentan un conjunto de estudios sobre los recurrentes sistemas de abastecimiento o los beneficios económicos que reportaba en el pasado. Para esta nueva obra, los diferentes autores y autoras dejan a un lado el plano material del agua para adentrarse en el siempre interesante pero también espinoso mundo de la cultura inmaterial. Gracias a ello, podremos ver las diferentes imágenes que ha tenido el agua en las distintas sociedades medievales de la península ibérica y cómo ha estado presente el concepto “agua” en ellas.

Un mosaico de especialistas en la cuestión cuyo resultado es una obra colectiva que abarca una gran variedad de cuestiones y de lugares analizados, desde las marismas de Cádiz a los pequeños pueblos de Galicia, pasando por el siempre presente Duero, y de una ciudad como Sevilla a la página de un libro de viajes, lo que convierte a la obra en una referente no sólo rico en información sino también atractivo a un amplio grupo de investigadores e investigadoras.

En esta obra, por tanto, se nos habla de viajes, de peligros, de cantos, de amores y de esperanzas, de creencias y rituales, pero también de lo más mundano: de la explotación de la tierra y de los mares y de las vías de comunicación y de disputas entre ciudades, reinos y particulares, que podrían desembocar incluso en un duelo a muerte.

Precisamente con este marco más mundano del agua arranca la obra en su primera parte, donde se analiza el elemento como recurso de explotación, como obstáculo y como factor de disputas y de inestabilidad ante los riesgos que también trae consigo el agua. Probablemente es esta primera parte donde se pueda apreciar más claramente esa unión entre el plano material y el plano inmaterial del agua, y cómo el primero influye sobre el segundo. De ahí el acertado nombre de “*Realidades y percepciones*”. En otras palabras, cómo interpreta la mirada humana la realidad hidráulica.

El ser humano convierte cualquier paisaje, cualquier lugar específico de la naturaleza en una construcción cultural, pasando a formar parte del patrimonio inmaterial. Una construcción que se hace tangible a través de la palabra. Eso nos recuerda Martín Gutiérrez en su contribución a esta obra. Para ello se centra en un paisaje específico del sur peninsular: las marismas gaditanas y cómo fueron interpretadas por quienes por uno u otro motivo escribieron sobre ellas. Miradas diferentes con objetivos diversos que dan como resultado distintas interpretaciones de una misma realidad.

Posiblemente la vinculación entre realidad y simbolismo tenga su mayor representación en la toponimia, una fuente de información que no siempre se le ha dado la relevancia

que realmente posee. Sin salir del tema central de la obra, nuestro territorio está plagado de nombres de lugares, poblados y ciudades vinculados de manera directa o indirecta con el agua. Se refleja así su fuerte contenido simbólico, hasta el punto de convertirse no solo en un elemento característico del lugar sino también en su definidor. En definitiva, el agua como fuente de identidad de un lugar. En torno a esta realidad, Sánchez Rivera nos ofrece un recorrido toponímico por la cuenca del Duero, para recordarnos la importancia simbólica del agua y de las infraestructuras relacionadas con ella, centrándose principalmente en los puentes, aquellas estructuras esenciales para mantener la comunicación entre poblaciones y que están para cruzarlos o para no cruzarlos.

El agua como parte del paisaje y como obstáculo que salvar. Pero la función esencial del agua sigue siendo la misma: dar vida. Sin ella, no hay vida posible, lo que la convierte en un recurso esencial. Y en un territorio o en un periodo de escasez, no hay espacio para la solidaridad. Las disputas, los litigios y los enfrentamientos se hacen comunes a la hora de defender u obtener ese recurso tan valioso. Rodríguez Lajusticia nos lo muestra a través de la documentación aragonesa y cómo se elaboraron todo tipo de estrategias en dicho reino para asegurarse el abastecimiento hídrico, a través de numerosos casos donde, una vez más, el agua es la gran protagonista.

Lógicamente, esa función vital del agua le aporta un componente simbólico positivo. Pero al mismo tiempo, el agua puede quitar la misma vida que da, puede traer desastres, provocar enfermedades o arruinar cualquier recurso económico. Es el lado oscuro del preciado líquido. Una contradicción que también se da en el plano simbólico y que se puede apreciar en la relación que las sociedades establecieron con aquélla. Elemento positivo y elemento negativo: un maniqueísmo que está presente también en el imaginario monacal castellano, campo de estudio de Prieto Sayagués para este trabajo. Con ello, nos lleva a la vida de los monasterios castellanos de la Baja Edad Media y cómo se relacionaron con el agua.

En la segunda parte de la obra, la realidad da paso a la palabra escrita, a cómo se plasma en la hoja en blanco ese concepto y esa realidad que es al mismo tiempo el agua. En este campo literario se adentran los siguientes autores y autoras, subrayando los diferentes sentimientos que consciente o inconscientemente les evocaban las aguas y que plasmaban en el papel quienes escribían crónicas, relatos o textos más banales.

La ausencia de agua provoca desesperación y miedo; la preocupación y la desolación aparecen en el ánimo humana ante paisajes sin apenas recursos hidráulicos. El *Sureste* de la Península, como puntualizan Abad Merino y Jiménez Alcázar, es un claro ejemplo de esa preocupación por la escasez de agua y, en este caso, su plasmación en la documentación. En este sentido me remito a las palabras con que he iniciado esta reseña, extraídos de este trabajo, y que resumen muy bien el contenido del mismo.

Palabra escrita, palabra dicha o palabra dibujada. La autora Vaz de Freitas se adentra en algunas de las imágenes que decoran y explican muchas obras medievales para analizar el paisaje y el papel que el agua aporta al conjunto de la imagen, y las emociones que con ello querían despertar los autores.

Sin abandonar la palabra imaginada, Martín Cea nos ofrece un paseo por una de las obras literarias cumbres del medievo castellano: *Las Cantigas de Santa María*. Si bien no constituyen una mayoría, en un considerable número de cantigas se puede observar la presencia del agua. En algunas de ellas es una simple espectadora, formando parte silenciosa del paisaje, pero en otras tantas se convierte en prácticamente un protagonista esencial del relato imaginado. Si ya de por sí las cantigas son una buena carta de presentación, descubrir el protagonismo que el agua tiene en muchas de ellas es un gran reclamo para leer con detenimiento el trabajo del autor.

Regresando a la palabra escrita, en las crónicas de viajes también está presente el agua, principalmente porque en muchas ocasiones se atravesaban mares y ríos que no dejaban indiferentes ni a quienes viajaban ni a quienes describían tales viajes. ¿Cómo veían los cronistas aquellas aguas? La respuesta la podemos encontrar en el trabajo que para esta obra ha realizado Pelaz Flores, con quien nos adentraremos en los relatos de los viajes que muchas mujeres pertenecientes a las familias reales tuvieron que emprender, en muchos casos a causa de la política matrimonial. Reinas, princesas e infantas convertidas en medios para estrechar relaciones entre Estados, conseguir acuerdos comerciales o unir territorios.

Como indicaba anteriormente, los ríos forman parte esencial dentro de estos relatos de viajes. Pero también tienen su simbología en el apartado político. Y fundamentalmente en el militar: los ríos ejercieron en muchas ocasiones el papel de líneas fronterizas entre dos reinos o dos pequeños territorios, lo que le aportó una serie de imágenes concretas, en ocasiones también contradictorias. Francisco Hidalgo nos adentra en la documentación real y foral para desgranarnos esas diferentes imágenes que se tienen de los cursos fluviales dependiendo, lógicamente, del acto que se desarrolla en sus márgenes: batallas, ceremonias, fiestas, etc.

De este apartado, el artículo que quizá más se ajusta al título que lleva consigo es el de Covadonga Valdavisio, pues nos ofrece un análisis lingüístico de las narraciones sobre un acontecimiento concreto que fue una y otra vez recogido a lo largo de los siglos: las inundaciones que sufrió la ciudad de Sevilla en 1402. El artículo pone sobre la mesa los peligros que podía acarrear vivir junto al agua en una ciudad a comienzos del siglo XV y a los que los y las habitantes hubieron de enfrentarse; peligros que en ocasiones como ésta se hicieron reales, desatando verdaderas catástrofes cuyo eco resonaría durante siglos. Estas catástrofes fueron concebidas como un castigo divino, muy en sintonía con la tradición cronística de continuar la visión del mundo bajo la voluntad de Dios que inaugurara la Biblia.

El agua no sólo está en el ideario, también forma parte, en ocasiones de manera esencial, en diferentes ritos y celebraciones. A veces escondida, a veces convertida en protagonista, el agua se deja ver en muchos de los ritos, profanos o sagrados llevados a cabo en la vida diaria. La tercera y última parte de la obra nos traslada a ese papel litúrgico del agua.

Que el preciado líquido esté presente en la vida diaria es, en realidad, una obviedad y ya se ha comentado en muchas ocasiones. Beber y lavarse son dos actividades diarias

en las que el agua es esencial. Pero la presencia hidráulica es mucho más extensa. En la vida diaria de un monarca el protagonismo del agua es mucho mayor. Y no sólo como forma de bautismo, rito esencial entre las monarquías hispanas cristianas. Gamero Igea nos describe la importancia de aquélla en la Corte de las Coronas de Castilla y Aragón para mostrarnos el estrecho vínculo entre el agua y la monarquía, especialmente con la llegada de la inestable dinastía Trastámara. Un paseo por la vida diaria del monarca desde su aseo matutino, el desarrollo de la comida, pasando por el retrete regio o la limpieza de la vestimenta y de las vasijas.

Las atribuciones reales o ficticias con que se identificó siempre al agua le aportaron un cierto carácter sagrado, fruto de lo cual estaría presente en muchos rituales y ceremonias donde la salud, una de las grandes aspiraciones humanas, era la protagonista. Ríos Rodríguez nos traslada a una serie de santuarios repartidos por Galicia para buscar huellas de ritos precristianos en algunas de las devociones y ceremonias del cristianismo gallego donde el agua tenía un papel fundamental.

Dentro de la liturgia cristiana, el agua tiene una función fundamental en uno de los principales sacramentos: el bautismo. Y como parte esencial dentro de la liturgia, fue sometida a debate en torno al significado y al simbolismo del rito. El debate interesó a personajes tan relevantes como Juan de Torquemada, quien mostró en sus escritos sus propias ideas en torno al sacramento del bautismo; unas ideas que, como no podía ser de otro modo, se alejaban muy poco de la línea más ortodoxa, tal y como concluyen en su artículo *De la Rosa Cubo y María Isabel del Val*.

Por su parte, Rica Amrán estudia el agua para hacer un repaso por el papel que tuvo en la comunidad judeoconversa y cómo acabó por convertirse en un arma para acusar de judaizantes a los conversos, dado el “mal” uso que éstos hicieron con ella. Finalmente, también hay espacio para el odio, para la tristeza, para el amor y para la alegría. Unas emociones contrapuestas que quedan también vinculadas al agua. Con el autor Lebrero Cocho nos adentramos en el mundo de las emociones, de esa “alteración del ánimo intensa y pasajera” como define la RAE y que el propio autor recoge.

Como indica la profesora del Val nada más abrir la primera hoja, el agua está presente en todos los ámbitos de nuestra vida y, por tanto, ejerce un papel esencial dentro de nuestra sociedad. Por ello, obras como esta resultan fundamentales no sólo para conocer, sino también para reivindicar el elemento máspreciado de nuestra existencia y cuál ha sido nuestra relación con ella a lo largo de los siglos, en este caso, de los llamados siglos medievales.